

para mí el alma y la mesa de la Eucaristía y me oculta bajo los velos sa-
grados que la Eucaristía extiende sobre mí...
Revestido así con la piel del Cabrito, me atrevo á encaminarme hacia
Vos, oh Dios mío, y á pedirte con una santa osadía me bendigas como
á vuestro propio hijo. Y entonces, percibiendo Vos que no soy yo el que
vivo, sino que Jesucristo es el que vive en mí, me digas como á Jacob:
"He aquí que el olor de mi hijo se parece al olor que despiden un campo
"lleno," y deténme en mi alma los ricos tesoros de vuestras bendi-
ciones.

LA ABEJA.

La Colmena, modelo de las sociedades humanas.—El gobierno de las abejas.—La Abeja nos invita al
trabajo.—La cera.—El cirio, símbolo de Jesucristo.—El panal.—La letra y el espíritu de la Escritura
Santa.—Jesucristo, Dios y Hombre.—La miel, símbolo de Jesucristo, de la divina Sabiduría y de la
palabra de Dios.—Los Doctores de la Iglesia.—San Ambrosio.—La miel sobre la piedra.—"Si habeis
encontrado miel, no la comais con exceso."—La miel, imagen de los placeres carnales.—El aguijon
de la Abeja.—Hiere y defiende.—La Iglesia.—La miel Eucarística.

QUÉ maravillosa es la Providencia en cada uno de los seres criados!
El ojo del naturalista no puede ménos que descubrir en cada uno de
ellos las señales visibles del poder y de la bondad de Dios. Mas ¡cuántos
misterios de esta bondad y de este poder se escapan aún al lente del sabio.
Solo el pensamiento cristiano va más léjos y se eleva á mayor altura; con-
templando las obras del Criador, se instruye y se edifica, y mientras estas
obras, por la belleza y perfeccion de sus pormenores, atestiguan el arte in-
finito del Obrero, el cristiano que las admira más y más, bendice al Señor
que ha desplegado delante de sus ojos tantas y tan sublimes enseñanzas,
como insectos hay en el aire.

II

"Pequeña es la Abeja entre las aves. *Brevis in volatilibus est apis,*" co-
mo dice la Escritura, ¹ y sin embargo, nos exhorta San Ambrosio á que sin
temor consultemos á la Abeja: "*vade ad apem.*" ²

Procuremos sacar provecho de las importantes lecciones que ella va á
darnos. Lo que desde un principio parece verdaderamente admirable, es
que las abejas no saben vivir aisladas. El ermitaño que se oculta en el fon-
do de la soledad, se propone por modelo al Pelicano del desierto; el hom-
bre que vive en sociedad tiene delante de sí el ejemplo de las abejas.

¹ Eccle. XI, 3.
² S. Ambr. Hexam. V, 22.

I Genes. XXVII, 27.

Cada colmena viene á ser el tipo de una pequeña y deliciosa sociedad,
que tiene su gobierno, sus leyes, su disciplina y sus costumbres; y mucho
más feliz que otros estados, sabe conservar dentro de su casa la union, la
armonía y la paz. Verdad es que una colmena más bien viene á ser una
familia y no un Estado. Las abejas no tienen mas que una madre y no ha-
bitan mas que una misma casa; así es que su colmena viene á ser para
ellas su mansión y su patria. Viven juntas, trabajan reunidas, se alimentan
sin separarse, y no parece sino que cada mañana salen volando presurosas
para cumplir con los trabajos del día. ¿A dónde van? A los prados
olorosos, á los jardines floridos y á los céspedes que tapizan las márgenes
de los rios, y de todos esos lugares, en las flores y las yerbas perfumadas,
recogen los primeros materiales de su admirable edificio.

¿Qué arquitecto las habrá instruido para medir con tanto arte los seis
"lados tan iguales de sus celdillas, á ejecutar la una y la otra con tan gra-
"ciosa simetría y á fabricar con cera las sólidas paredes que protegerán el
"depósito de su regalada miel?"

San Ambrosio, de quien hémos tomado esta preciosa descripción, nos
dice que observemos el gobierno de las abejas, gobierno que es al mismo
tiempo monárquico y libre. Las abejas obedecen á una reina, pero conser-
van una parte en la administracion; su obediencia tiene por base el amor
y la confianza. "Y no es la suerte ciega, ni el sufragio incierto del clamor
"popular lo que establece á los principes en el reino de las abejas. La
"Providencia tiene cuidado de darles una reina de una primacía incontes-
"table; mucho más grande, mucho más hermosa que las otras abejas; pe-
"ro sobre todo—y esto es lo más deseable en los reyes—más inclinada á
"la dulzura. Muy rara vez usa de su aguijon y nunca para vengarse...
"Las abejas quieren á su reina, y se sacrifican por ella."

No se diría que su instinto les ha enseñado estas palabras de San Pablo:
"Las potestades han sido ordenadas por Dios, y el que resiste á la potes-
"tad resiste á Dios?"

¿La reina de las abejas no nos recuerda aquella máxima del libro de la
Sabiduría que dice: "Un rey prudente será el apoyo de su pueblo?"

III

La Abeja, como la Hormiga, nos invita principalmente al trabajo. Cada
Abeja en una colmena tiene su oficio que le es propio. Aquella va á bus-
car aun á lo léjos el alimento necesario para la comunidad; ésta vela en
torno de la casa; una, fabrica cera; otra, miel; mas ninguna pierde el tiem-
po y todas tienen sus labores arregladas.

La Providencia ha querido igualmente que en la amplia colmena huma-
na, como en la colmena de las abejas, cada uno tenga su parte: el cirio es también el símbolo del alma fiel.

¹ S. Ambr. Hexam. V, 21.
² Rom. XIII, 1-2.
³ Sapient. VI, 21.

I In offic. S. Cecil. 22 Nov.
2 Sapphar. Sanct. pent. cer. pasch.

na, cada hombre tuviera su labor. A nadie se le permite la ociosidad. ¡Ay del hombre que se vuelve inútil para la obra común impuesta á todos! El trabajo es más rudo que doloroso para nosotros que para la Abeja, porque nosotros debemos experimentar en él la pena del pecado. No vivimos como ella entre flores; ella vuela y nosotros nos arrastramos, y en lugar de tocar superficialmente las flores y las plantas primaverales como ella lo hace para extraer su dulce jugo, no nos queda más que la terrible necesidad de cavar la dura tierra y de regarla con nuestros sudores. Mas ¿qué importa! Si por nuestros constantes trabajos llegamos á asegurar el pan de cada día, no solo para nosotros, sino también para aquellos que están á nuestro cargo; ó si por medio de los trabajos del espíritu hemos añadido un nuevo alimento á la inteligencia del hombre que no vive solo del pan material, bendigamos á Dios pues no hemos estado ociosos, sino que, imitando á la Abeja, hemos fabricado como ella nuestra miel.

Además, si nuestras primeras obras las hubiéremos consagrado al servicio de Dios y en favor de nuestros prójimos; si nuestros esfuerzos nos han hecho mejores, y si nuestra caridad ha consolado á los pobres, ciertamente que trabajando así, hemos hecho mucho más que la Abeja. Esta, jamás podrá fabricar una miel tan dulce y tan divina.

De esta miel hablaba á Dios el Pontífice Urbano, diciendo: "Cecilia, vuestra humilde sierva desempeñó la tarea que le encomendásteis como una industriosa Abeja. *Cecilia, famula tua, quasi apis tibi argumentosa deseruit.*"

IV

Comienzan las abejas su trabajo por la fabricación de la cera; recogen el finísimo polvo que se adhiere á los estambres de las flores, y elaborándole con maravilloso instinto, hacen aquella sustancia blanda, dúctil, pero consistente, que les sirve para construir los alvéolos del panal.

La cera sirve para muchas cosas, principalmente para la Iglesia á quien da los cirios que arden en el altar; y cuando el ministro de la Iglesia bendice el cirio pascual, nos recuerda que esa nueva luz se alimenta con la cera que produce la madre Abeja.

El cirio es á la vez, luz y cera, símbolo de la antorcha divina del mundo; Jesucristo, que es á la vez, Dios y Hombre.

La antorcha no nos alumbró, sino por la cera que la alimenta. De la misma manera, Jesucristo no derramó su luz en medio de nosotros sino hasta el día en que tomó una carne semejante á la nuestra. María es la madre Abeja que ha producido la cera preciosa de la carne adorable del Salvador.

Por otra parte: el cirio es también el símbolo del alma fiel.

1 In offic. S. Cecil., 22 Nov.

2 Sabbat. Sanct. bend. cer. pasch.

La cera mantiene la luz y la luz derrite la cera. Lo mismo sucede con nuestra alma; por la práctica de las obras buenas y de las virtudes cristianas, mantiene en medio del mundo la luz purísima de Jesucristo; mas esta luz abrasadora da alimento al alma; consume á ésta con el fuego del amor; y por este motivo la Esposa de los Cantares exclama dirigiéndose al Esposo: "Mi alma se ha derretido al oír tu voz. *Anima mea liquefacta est, ut locutus est.*"

Todavía más. Si el incendio del amor consume al alma, el Profeta Rey también dice: "que en presencia de la divina Justicia, perécerán los pecadores como la cera que se funde por el fuego."

Fuego de amor y fuego de cólera, uno y otro devorareis nuestra alma; pero la cólera le dará la muerte y el amor la vida eterna.

IV

V

Luego que las abejas construyen con arte los alvéolos de cera, depositan en ellos su miel, y estos alvéolos donde la cera está unida con la miel, componen el panal. Este símbolo del panal se encuentra repetidas veces en nuestros libros santos.

Así, pues, el panal es imagen de la misma Escritura Santa, donde las figuras del Antiguo Testamento son como las celdillas de cera compactas y cerradas que encierran y defienden la miel divina del Evangelio.

O bien la cera del panal es la letra insípida y dura que oculta en su corteza la miel sabrosa del espíritu.

Cuando leamos nuestros santos libros, no imitemos á los hombres frívolos y groseros que se pegan á la letra muerta sin penetrar ningún misterio ni estudiar palabra alguna, olvidándose de la miel para pegarse solo á la cera. Antes bien, aprendamos de la Esposa á saborear la miel al mismo tiempo que el panal. "Comedi favum, cum melle meo;" "y si hemos sabido gustar de la miel—agrega el autor de los Proverbios—el panal mismo parecerá dulcísimo á nuestro paladar. *Comede mel, fili mi, et favum dulcissimum guturi tuo.*"

Pocos días después de la Resurrección del Salvador, como vacilasen los discípulos en creer, se apareció en medio de ellos y les dijo: "¿Teneis aquí algo de comer? *Habetis hic, aliquid quod manducetur?*" Entónces ellos le presentaron "parte de un pez asado y un panal de miel."

En estos dos objetos ven los comentadores una doble imagen de Jesucristo. Ocupémonos solamente del panal.

Como hemos visto, el panal se compone de cera y de miel, en el cirio,

1 Cant. V, 6.

2 Ps. LXVII, 3.

3 Gil. abb. in Cant. LXXXII.—S. Aug. in Ps. CXVIII, serm. XXII, 7.

4 Cant. V, 1.

5 Prov. XXIV, 13.

6 S. Luc. XXIV, 41-42.

la cera y la luz, nos recuerdan la humildad y la divinidad del Salvador: en el panal, la cera unida á la miel, nos ofrece el mismo símbolo. La cera y la miel son distintas, y del mismo modo la naturaleza humana es distinta de la naturaleza divina. Pero la cera y la miel no forman mas que un solo panal; de la misma manera, cuando el Verbo se hizo carne y vino á habitar entre nosotros, un solo panal divino fué depositado en el mundo.

¡Oh panal delicioso donde yo poseo á la vez, así la cera como la miel; donde mis dedos tocan la cera y mi corazón saborea la miel! ¡Yo me acerco á la carne del Salvador, y la divinidad viene á mí; aplicó mis labios al panal y la miel se deriva y me alimenta!

VI

Si la miel y la cera del panal nos representan la union de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del Salvador, la miel es principalmente la figura de que se sirven los libros santos para simbolizar á Jesucristo.

“Su Nombre—dice San Bernardo—es para nosotros una miel suavísima y su Espíritu mucho más dulce que la misma miel. ¿No se ha escrito de “Jesus: “que su conversacion nunca es amarga? *Non habet amaritudinem conversatio illius.*”

Ya dejamos dicho que la miel del panal representa la sabiduría divina como oculta en la letra de nuestras Santas Escrituras, y nosotros tambien con el Profeta Rey exclamaremos gustosos: “¡Cuán dulces son vuestras palabras, ¡oh Dios mio! Son mejores que la miel para nuestros labios.”

Mas esta miel de la palabra divina se saca del jugo de nuestros libros santos á quienes compara San Gerónimo con un florido jardín, y los Doctores imitan á la Abeja cuando elaboran cuidadosamente aquella miel antes de ofrecerla á la avidez de los fieles.

Se cuenta que poco después del nacimiento de San Ambrosio se vio un enjambre de abejas posado sobre su cuna. ¿No sería este un símbolo y las abejas no presagiarían que á ejemplo de ellas el admirable Doctor San Ambrosio sabría fabricar la dulce miel que saboreamos en sus obras?

VII

La miel es aún imagen de las dulzuras espirituales que la piedad cristiana ofrece al alma.

Recordando Moisés al pueblo de Israel las maravillas de la tierra pro-

1 Sap. VIII, 16.

2 Ps. CXVIII, 103.

3 In fest. S. Ambr. 7., Dic. lect. IV.

metida, se explicaba en estos términos: “El Señor la estableció en una “region elevada donde recogerá la miel sobre la piedra.”

¡Ay de mí! ¡el mundo en que vivimos es semejante á la árida roca! Pérdidas crueles, decepciones amargas, pesares y sufrimientos de todo género. . . . ¿Dónde encontrar en medio del mundo aquellas flores que necesita la Abeja para componer su miel. . . . ? Mas la piedad es una Abeja que recoge la miel aun de la misma piedra. La piedad nos sostiene en nuestras aflicciones, cura nuestras dolencias y afirma todas nuestras debilidades. . . . Despues de una obra buena que hemos practicado, de una santa oracion, de una comunión fervorosa, ¿cada uno de nosotros no ha podido decir á menudo: “Recogí la miel sobre la roca?”

VIII

¿De dónde viene, pues, que el autor de los Proverbios no vacile en darnos este consejo: “Hallaste miel, come cuanto te baste, no sea que harto “de ella tengas que vomitarla?”

Más adelante, sirviéndose de la misma imagen, el autor sagrado nos explica su sentido diciéndonos: “que así como la miel no es buena para el “que se harta con ella, así tambien el que escudriña la majestad, será oprimido por la gloria.”

¿Y no era este el pensamiento del Apóstol cuando exhortaba á los fieles á no saber más de lo que conviene, y á proporcionar la ciencia con la fé? Si el estudio de la Escritura Santa se hace con un espíritu de fé, de humildad y de piedad, ¡oh! ¡cuántas inefables delicias ofrece á las almas cristianas! Pero si con una vana curiosidad y con los sistemas de una crítica atrevida se quiere explorar nuestros libros santos, su miel se cambia en veneno; y Dios, celoso de los misterios de su gloria, oprime al orgulloso que quiera escudriñarlos.

IX

Además, la Divina Escritura, que nos aconseja no abusar de la más pura y sana miel, nos precave sobre todo contra las dulzuras engañosas de la miel, de la cual dice el autor de los Proverbios: “Los labios impuros “destilan dulce miel; mas al fin la hallareis amarga como el ajénjo y punzante como espada de dos filos.”

Placeres culpables, criminales embelesos, falaces ilusiones de una imaginación extraviada, todos los atractivos del vicio, todos los encantos del

1 Deuter. XXXII, 13.

2 Prov. XXV, 16.

3 Prov. XXV, 27.

4 Rom. XII, 3.

5 Prov. V, 3-4.

error y todas las seducciones del mal, hé aquí la miel que el mundo nos brinda causando la muerte del alma.—Esta es la miel del fruto prohibido que Eva gustó en el Paraíso terrenal.—Esta es la miel que Jonatás cogió de prisa para sustentarse no obstante la prohibición de su Padre. Condenado á muerte exclamó: “¡Gusté una poca de miel, y hé aquí que muero!”¹

¡Oh Dios mio! ¡Cuántas almas en el día del juicio tendrán que decir lo mismo que Jonatás: “¡Gusté una poca de miel, y hé aquí que muero!” Jamás permitais que me entregue á las seducciones terrenas, y no me dejéis caer en la tentación que me rodea. Prefiero desde ahora las amarguras de la penitencia en la presente vida, á fin de que en la otra pueda gozar allá en el cielo la miel dulcísima de vuestra eterna herencia.

X

La Abeja saca la miel oculta en el seno de las flores, y el cuerpo de ella termina en un aguijón que hiere. ¿No es acaso el emblema de las locas alegrías del mundo “que comienzan por la miel y acaban por lo punzante de la espada?”² ¿No es igualmente la imagen de esos hombres peligrosos cuyos pérfidos discursos destilan en presencia nuestra la miel de la lisonja, mientras que á nuestra espalda maquinan tendernos las más terribles acechanzas?

¡Oh! ¡y cuántos de éstos á manera de abejas zumbaban al rededor del Salvador durante los días de su vida mortal! Cuando los fariseos querían sorprenderle en sus palabras, le decían: “Maestro, sabemos que eres veraz “y que no miras á la calidad de las personas.”³ Esta era la gota de miel. Mas al mismo tiempo lanzaban contra Él el aguijón de su odio y juraban darle muerte. Hablando el Señor por boca de su Profeta, ya los había denunciado en estos términos: “*Me rodearon como abejas: circumdederunt me sicut apes.*”⁴

Por último, la Abeja, al picar, pierde su aguijón: así también la muerte al atacar á Jesucristo, perdió el poder que había adquirido sobre Adam. Por lo mismo, al salir el Divino Salvador del sepulcro pudo cantar el cántico de la victoria: “¡Oh muerte! ¿á dónde está tu aguijón?”⁵ *¿Ubi est mors, stimulus tuus?*”

XI

Bendigamos á Dios por haber dado á la Abeja su aguijón. Pequeña, débil, humilde, toda entregada á su trabajo y preocupada en sus dulces ta-

1 1º Reg. XIV, 43.

2 Prov. V, 3-4.

3 Mat. XXII, 16.

4 Ps. CXVII, 12.

5 1º Corint. XV, 55.

reas, que cumple más para beneficio nuestro que para provecho suyo, ¿cómo podría defenderse contra los ataques de sus enemigos? Dios hace bien todas las cosas. Oculta el lirio entre las espinas y da el aguijón á la Abeja.

La santa Iglesia, que nos distribuye toda la miel del amor del Salvador, ¿no es también semejante á la Abeja? Como á ella, Dios la ha armado con un formidable aguijón. La Iglesia hiere y castiga á los que la desprecian y ultrajan. No ataquemos á esta divina Abeja; las heridas de su aguijón dan la muerte.

XII

Decía yo que la Iglesia es por excelencia la Abeja activa y laboriosa; como la Abeja, la Iglesia trabaja únicamente en fabricar su miel: la miel de la palabra que predica; la miel de las virtudes que ejerce, y sobre todo, aquella miel deliciosa que derrama en el altar: la miel de la Eucaristía.

¿Y no podremos asemejar igualmente la Iglesia con la colmena?

La colmena nos ha parecido el ejemplar compendiado de una sociedad perfecta. La Iglesia es también el tipo más exacto de las sociedades humanas. Se gobierna por sí misma, se basta por sí misma y depende de sí misma.

La colmena tiene una sola reina y la Iglesia un solo Jefe. Y así como en la colmena la jerarquía y los empleos están ordenados de una manera tan maravillosa, así también nos dice San Pablo que, “entre los miembros de la Iglesia hay diversidad de gracias, diversidad de ministerios y “diversidad de operaciones.” Pero todas las abejas reunidas se proponen un solo objeto, y la Iglesia de Jesucristo no tiene más que un solo pensamiento: la gloria de Dios por la salvación de las almas.

XIII

¡He nombrado la miel de la Eucaristía! ¿Pensaré en la dulzura de la miel sin acordarme de la Eucaristía? Me acerco al santo altar donde se elabora la miel Eucarística. ¿Qué flor produce esta miel? La flor es Jesucristo. ¿Y cuál es la miel recogida en esa flor? La miel es Jesucristo.

¡Oh santa Eucaristía, solo tú sabes revelar á mi alma la belleza y la dulzura del Salvador! ¡Veo la flor, saboreo la miel, gusto y veo cuán suave es el Señor!”²

Mas no basta gustar las dulzuras de la Eucaristía; necesario es meditar

1 1º Corint. XII, 4-6.

2 Ezech. I, 10.

y poner en práctica las enseñanzas que nos da para que la encontremos entonces mucho más dulce y regalada.

Quando el Hijo del Hombre mandó al Profeta Ezequiel que comiera aquel libro misterioso, el Profeta obedece, y al llegar el libro á sus labios le parece semejante á la miel.

La Eucaristía es el más suave de los libros. Necesario es que la alma la devore si quiere conocer á Jesucristo. A medida que se penetra de ella, se apodera mejor del misterio que ayuda á explicar todos los otros, esto es, el amor infinito de Jesus.

XII

Decía yo que la Iglesia es por excelencia la Abeja activa y laboriosa; como la Abeja, la Iglesia trabaja únicamente en fabricar su miel: la miel de la palabra que predica; la miel de las virtudes que ejerce y sobre todo, la miel de la Eucaristía.

Y no podemos hacerla igualmente la Iglesia con la colmena? La colmena nos ha parecido el ejemplo compendio de una sociedad perfecta. La Iglesia es también el tipo más exacto de las sociedades humanas. Se gobierna por sí misma, se basta por sí misma y depende de sí misma.

La colmena tiene una sola reina y la Iglesia un solo Jefe. Y así como en la colmena la jararuga y los empleos están ordenados de una manera tan maravillosa, así también nos dice San Pablo que "entre los miembros de la Iglesia hay diversidad de gracias, diversidad de ministerios y diversidad de operaciones". Pero todas las abejas reunidas se proponen un solo objeto. Y la Iglesia de Jesucristo no tiene más que un solo pensamiento: la gloria de Dios por la salvación de las almas.

XIII

He nombrado la miel de la Eucaristía; Pensemos en la dulzura de la miel sin acordarme de la Eucaristía? Me acerco al santo altar donde se elabora la miel Eucarística. ¿Que flor produce esta miel? La flor es Jesucristo. ¿Y cuál es la miel recogida en esa flor? La miel es Jesucristo.

Oh santa Eucaristía, solo tú sabes revelar á mi alma la belleza y la dulzura del Salvador! ¿Veo la flor que produce la miel, gusto y veo cuán suave es el Señor! ¿Veo la flor que produce la miel, gusto y veo cuán suave es el Señor! Mas no basta gustar las dulzuras de la Eucaristía; necesario es meditar.

EL GUSANO.—LA CRISALIDA Y LA MARIPOSA.

El Gusano, objeto de menosprecio.—El Gusano humilla el orgullo del hombre.—El Gusano que no muere.—Antioco.—Corrupción de la carne.—Tesoro que no puede roer el Gusano.—Jesucristo figurado por el Gusano.—La hiedra del Profeta Jonás.—La Crisálida.—La Mariposa.—El hombre frívolo.—La resurrección de la carne.—Jesucristo resucitado.

EL Gusano es en verdad la más humilde criatura de Dios; falto de hermosura y de lucimiento, con desden le pisamos. Ejerce no obstante acá en la tierra un poder formidable. Aquello que la muerte apenas toca lo devora el Gusano; se complace en la podredumbre, y los cadáveres le sirven de pasto. Frecuentemente no espera que la muerte le prepare su alimento; acomete aun á los seres vivos y los roe; picando se introduce en la raíz ó en el corazón de los árboles, y bien pronto se ven desaparecer sus hojas, flores y frutos que ántes los hacían tan hermosos.

Los naturalistas distinguen innumerables especies de gusanos, y entre ellos los hay tan pequeños y tan imperceptibles, que no podemos distinguirlos sino con ayuda del microscopio.

Derramados por todas partes, nos envuelven, por decirlo así, cubriéndonos por todos lados. Se les encuentra á millares dentro de nosotros y fuera de nosotros, nadando aun en la agua limpia que bebemos.

¿Y no nos parece que Dios ha querido servirse de este animalejo despreciable para humillar nuestro orgullo y recordarnos incesantemente la vanidad de las cosas humanas...? ¿Cuál es la fuerza del roble, puesto que un Gusano la deseca? ¿Cuál la limpieza del agua, cuando la empañan millares de gusanos? ¿Cuál es, en fin, la vida, puesto que los gusanos la devoran?

II

Los cadáveres son alimento y pasto de los gusanos; pero como quiera que también ellos son perecederos, se adhieren á los cuerpos que la muerte ha herido. Mas hay un Gusano que nunca muere y que atormenta á las